

PRESENTACION

He aquí el "Saludo a Alfonso Reyes" que escribí lleno de alegría, durante el invierno de 1924 a 1925, cuando supimos que nuestro amigo acababa de llegar a París. Este "Saludo" es también una presentación del escritor mexicano a los lectores franceses: suerte de cuadro o resumen de la obra de Alfonso Reyes; lo más útil que podemos ofrecerles a la entrada de esta obra, aunque no sea un estudio completo, para el cual aquí no habría lugar.

Al copiar estas breves páginas, lo hago ahora lleno de melancolía: Alfonso Reyes se ha alejado de Francia hace pocos meses, llamado por su Gobierno a otro puesto diplomático, y ya no podremos festejar juntos la aparición de este librito . . .

La nación mexicana nos envía para que la represente oficialmente ante nuestro Gobierno a Alfonso Reyes, uno de sus jóvenes escritores más distinguidos; y ello viene a ser como un hermoso presente ofrecido, para festejar el comienzo de año, a todos los hombres de letras franceses, por el país que luce por emblema, en medio de una alta meseta solar que se extiende entre la pradera y la aurora, el Águila vencedora de la Serpiente y erguida sobre el Nopal simbólico. A nuestra vez saludemos con gratitud este emblema, y mediante un estudio más atento de la presente literatura mexicana y mediante relaciones y cambios más frecuentes con la crema intelectual de aquel gran pueblo, estrechemos los lazos que unen a nuestras dos literaturas desde la hora en que Pierre Corneille escogió como uno de sus maestros al mexicano Juan Ruiz de Alarcón.

Indudablemente, un estudio metódico de la literatura mexicana de hoy en día tendrá que comenzar por la obra, ya considerable, de Alfonso Reyes; obra de poeta sobre todo; pero también de crítico y de erudito, y que podría, mejor que ninguna, guiarnos en nuestras excursiones a través de la literatura contemporánea del mundo hispanohablante. Pues Alfonso Reyes, sin abandonar las alturas poéti-

cas en que su espíritu discurre habitual y naturalmente, se ha hecho intérprete, al mismo tiempo, de la América latina en España, de España en la América latina y del conjunto del mundo hispánico en Europa. Intérprete de la vida intelectual de estos pueblos, ante todo; pero también intérprete de su vida popular, pintoresca, íntima, cotidiana. Y esto sin dejar de ser nunca específicamente mexicano, sin abandonar en nada aquella soberbia tradición mexicana que, por su arquitectura, remonta hasta la época precolombina y hasta aquel gran Secreto que constituye uno de los problemas más apasionantes de la historia.

Poligloto y viajero, es cierto. Pero esto no es más que el A B C de la Vida Superior (la vida intelectual): la llave, al alcance de todas las fortunas, que abre las regiones de las grandes aventuras. Muchos no saben sacar partido de ella, y se quedan a la entrada entretenidos con las bagatelas de la última moda. Alfonso Reyes ha sabido cruzar este umbral. A una cultura francesa con que se hubieran contentado muchos escritores americanos del pasado siglo, ha sabido unir una cultura inglesa, italiana, ampliamente europea. Cultura vital la suya: hecha con el aire, el espectáculo y la frecuentación de los países, la vida de sus capitales gustada y absorbida. Además, cultura estética (los museos) filosófica y filológica, (las bibliotecas y los movimientos contemporáneos). Matthew Arnold, E. A. Poe, Walter Pater, Hegel; Saint-Beuve, Lemaître; Vico, De Sanctis, Croce, tales son los maestros bajo los cuales hizo su aprendizaje de crítico. No es de extrañar que haya sido uno de los iniciadores del retorno al estudio de los grandes monumentos de la lengua española. Consagrado durante algún tiempo a los estudios gongorinos, dejó allí una huella indeleble. El Arcipreste de Hita lo atrae, y Ruiz de Alarcón también, naturalmente; y después, aporta su energía de conquistador intelectual al gran movimiento que lanza de nuevo a Baltasar Gracián y a Quevedo en las corrientes del arte y del pensamiento europeos. Finalmente, explora el siglo XVI y hace en él algunos descubrimientos. Tal la hoja de servicios del apasionado erudito y paciente autor de ediciones críticas.

Pero Reyes es también un crítico militante y un retratista literario: crítico creador o, más exactamente, re-creador según el ideal y el método de De Sanctis. Y a este aspecto de su actividad debemos una serie de trabajos en que pasa revista a toda la literatura contemporánea de lengua española, a todas esas grandes figuras que la integran, y en que contrasta la vida intelectual de España con la de los diferentes grupos americanos, conciliando el conjunto de estas distintas corrientes literarias en una armonía superior.

Sus series *Simpatías y diferencias* vienen a ser un gran inventario de riquezas intelectuales en el dominio de la lengua española y una bella galería de retratos de los grandes escritores españoles e hispanoamericanos contemporáneos y de sus inmediatos precursores; retratos sin aparato, hechos con ligeros toques, con indicaciones discretas, detalles destacados a propósito de anécdotas bien escogidas, y que la memoria retiene porque caracterizan una obra, un temperamento, mejor aún que un juicio o una observación general.

En esto reconocemos al cuentista y al poeta. Y quisiéramos aquí expresar el voto de que pronto se tradujesen ciertas obras imaginativas de Alfonso Reyes. Por mi parte, me parece bien comenzar por esta corta *Visión de Anáhuac* que, bajo la forma de un opúsculo histórico, es un verdadero poema nacional mexicano. Es la descripción, minuciosa como un cuadro de Breughel, de la antigua ciudad de México, tal como ella apareció a los ojos de los Conquistadores; pero descripción también lírica, y de un lirismo que por instantes anuncia a Saint-John Perse. Gran poema de colores y de hombres, de extraños monumentos y de riquezas amontonadas; en suma, la "visión" prometida, en todo su brillo y su misterio.

El último capítulo —la última estrofa— evoca el alma de aquella literatura perdida, destruída o desfigurada por los Conquistadores, pero que aún se adivina a través de los raros fragmentos que nos han llegado en toda su pureza. Es éste un lirismo en que las flores y los pájaros ocupan el mayor lugar, y que nos per-

mite entrar en países de matizadas flores, tendidas como arco-iris terrestres. Y he aquí que los poetas cogen estas flores para ofrecerlas a sus amigos, saludar a los jóvenes "y a los nobles en su grandeza y dignidad".

El gesto de estos poetas cuyos nombres mismos han desaparecido, y que jamás supieron que en otro mundo también existieran poetas, quisiéramos hoy ser capaces de renovarlo en favor de nuestro noble amigo Alfonso Reyes.

Valery LARBAUD. *

* Esta presentación es traducción del texto francés que aparece en el volumen: *Alfonso Reyes, Visión de l'Anahuac* (1519), traduit de l'espagnol par Jeanne Guérandel; avec une introduction de Valery Larbaud et un portrait de l'auteur par Moreno Villa gravé par C. Aubert. Paris, Editions de la Nouvelle Revue Française. 1927.